

tos que hallaban por delante, i de reducirlo todo á un vasto monton de ruinas.

Se oia de cuando en cuando la voz de Aguilar i de otros gefes animando á sus tropas, las que reducidas á un extremo de desesperacion por tanta pérdida, no tenian mas deseos que de llegar á la cima para desfogar sobre sus enemigos su sangrienta saña: el aspecto terrible de esta misma lucha redoblaba la fuerza de los bizarros soldados de Aguilar, quienes poseidos de la mayor fiereza, iban trepando por toda clase de obstáculos sin hacer caso de los gritos i lamentos de los moribundos, i sin acordarse de que á cada paso tenia cada uno de ellos abierto su sepulcro. Toda su confianza estribaba en que algunos de ellos subieran finalmente á la cúspide, i vengasen completamente los manes de tanto valiente.

No pudieron los moros considerar tan furiosa constancia i entusiasmo sin el mayor pasmo i estrañeza; pero el Feri que veia lo que pasaba en el alma de sus soldados, tomó las mas eficaces medidas para evitar las consecuencias que

podían sobrevenir si dejaba que llegasen á quedar sobrecogidos con tanto ardimiento de parte de los cristianos. Conociendo que el mejor medio de mantener la ira i ardor de los combatientes, era el de emplearlos activamente, mandó que una considerable porción de ellos bajase á encontrar al enemigo en la misma cuesta. Fue obedecida esta orden con la mayor alegría, i los moros se arrojaron impetuosamente á la carga. Aguilar, que advirtió le habia de ser muy favorable este movimiento que ofrecia á sus tropas los medios de sacar partido de su superioridad, se dirigió á recibirlos con doble energía, llevando don Pedro la vanguardia con una columna escogida.

El jóven guerrero continuó ganando terreno; los moros se retiraron por los españoles, que consideraban este primer suceso como precursor de la victoria, se adelantaron á trevidamente sin hacer el menor aprecio de miles de tiros que les eran dirigidos por todas partes con nuevas fuerzas ocupaban pronta-

mente los puestos que eran abandonados por los que habian debido sucumbir al irresistible esfuerzo de los cristianos; mientras que estos infelices no tenian otros reemplazos sino los de un indómito valor que los habia sacado victoriosos de tantas batallas.

A pesar, pues, de su inferioridad numérica seguian adelante sin poder deshacer las filas contrarias que disputaban á palmos el terreno. En medio de sus brillantes proezas, cayó don Pedro al suelo por el fiero golpe de una piedra: se echó de menos muy pronto la falta de este denodado gefe; mas Alonso de Aguilár cargando entonces con redoblado ímpetu, obligó finalmente á los rebeldes á abandonar sus líneas avanzadas, i á retirarse al centro. Los españoles hicieron alto por breves instantes para reunir sus fuerzas que habian quedado en esqueleto de resultas de tanto quebranto recibido: i aunque reducidos á un corto número, volvieron á avanzar muy pronto en silencio i sin temor. El batrevido general no dejó sin embargo de concebir las mas serias aprensio-

nes por esta inesperada conducta de los moros, porque temia que estuviesen tratando de renovar el sistema de defensa que le habia sido tan fatal al primer impulso. Sus sospechas eran demasiado fundadas, pues que de alli á pocos instantes se oyó otro aciago ruido, i se vieron bajar desde el monte tremendas moles que todo lo arrasaban.

Para que esta lucha desigual fuera todavía mas horrorosa, empezaron á caer algunas gotas de agua que anunciaban la tempestad que se estaba preparando en el oscuro seno de las hinchadas nubes; los furiosos silvidos del viento mezclaban su triste sonido con la grande algazara de los moros; i con los agudos lamentos de las víctimas; descargaron finalmente las nubes con la mas horrible furia torrentes de agua que corrieron muy pronto por las aberturas i cañadas de la montaña, en tanto que se veia iluminado el firmamento por los vivos i no interrumpidos relámpagos seguidos por la terrible esplosion de los truenos. Don Alonso contempló con sereni-

dad esta formidable lucha de los elementos: redobló su energía para animar á su gente, sin que la furia de la tempestad que se iba aumentando por momentos, detuviese su marcha. Ya se hallaba la nube encima de su cabeza, i el fuego eléctrico se desenvolvía en varias formas reflejando su trémula i variada luz; i el recio i prolongado repique de las campanas se oía claramente, aunque desde larga distancia, asemejándose á la aciaga voz del espíritu de destrucción que preside á los furiosos temporales, i que parece se deleita en escenas de muerte; pero los españoles, si bien se conmovian á la vista de los compañeros que rendian el alma al impulso de tantos tropiezos, no se acobardaron sin embargo por el terrible aparato que tenían á la vista: el atributo del noble valor es compadecer á los bravos que sucumben en el campo del honor, pero no retroceder de modo alguno de la carrera de la gloria i del deber. Los relámpagos se sucedían unos á otros con la mayor rapidéz, i con su traste i opaco

reflejo se veía al esforzado Aguilar y á sus bizarros soldados tanto más resueltos cuanto era mayor la furia de los elementos. Las cavernas i los ocultos recintos de los montes repetían los espantosos ecos del viento i de los truenos mezclados con la griteria de los combatientes. Aquel cuadro era por cierto terrible, i lo fue todavía más cuando á la cesacion del ruido de la tempestad principió el que formaban las rocas i peñascos desprendidos desde la altura. Los arroyos estaban ya llenos de agua formando inmensas balsas alrededor de los magullados cuerpos, i todo anunciaba una irremediable destrucción.

Tanta suma de males empezó á desanimar á los cristianos, cuyas fuerzas estaban ya reducidas á la mitad de su número. Don Pedro, el conde de Ureña i otros gefes principales estaban heridos, algunos habían ya muerto; i una horrorosa griteria que salió del alcazquerda, mandada por don Antonio de Leiva, anunció alguna horrosa catástrofe por aquella parte. El renegado á la cabe-

za de un refuerzo de valientes: habia logrado ejecutar una hábil maniohra para cortar la retirada á los cristianos; i aunque éstos habian peleado con el mas decidido empeño habian sido completamente derrotados quedando tendida en el campo la mayor parte de aquella columna. Bermudo sacudia bárbaros golpes sobre sus propios paisanos i desfogaba su diabólica rabia contra muchos inocentes por vengarse de los agravios que habia recibido de uno solo. Pocos pudieron escapar de tan sangrienta refriega, i aun estos pocos hubieron de abrirse paso con desesperado valor por medio de las filas enemigas, llevando en hombros el desangrado cuerpo de su gefe don Antonio de Leiva.

Ya á este tiempo habia cesado el furor de la tempestad, i Alonso de Aguilar, cuya confianza era incomparablemente mayor desde que habia visto la impavidez con que su gente habia resistido á tanta acumulacion de contrastes, iba avanzando atrevidamente, i se hallaba á mitad de la montaña. Los rebeldes

no dejaron de alarmarse al ver los progresos de su formidable competidor, pues aunque la tropa de éste se hallaba considerablemente disminuida, i muy debilitada por tanta fatiga, estaba no obstante para llegar á una meseta en la que podia ser disputada con mayor empeño la victoria, que los moros habian considerado hasta entonces como infalible.

Continuaban arrojando las destructoras masas, si bien éstas no surtian tanto efecto como al principio, pues que la mayor parte de ellas quedaba detenida en su carrera por el tropiezo que hallaba en los troncos de árboles derribados por la tempestad, ó en los charcos que habia formado la lluvia. Abandonaron los moros por lo tanto este sistema de agresion, i descubriendo que la valiente partida de don Alonso de Aguilar era poco numerosa, i que no podia recibir auxilio alguno de las fuerzas que habian quedado al pie de la montaña, determinaron salir con un brillante cuerpo escogido de tropas á oponerse á sus progresos, antes que pu-

diera llegar al pequeño llano ó mesa indicada.

Se travó un furioso combate, en el que los cristianos desplegaron los últimos recursos de su fuerza, de modo que los moros no pudieron triunfar de ellos; á pesar de su excesiva superioridad numérica. Animando Aguilar á su gente, continuó peleando con el mayor denuedo, i ganando terreno mientras que los moros asustados se retiraban huyendo de tan desesperado ataque.

Pero el valor mas exaltado no puede sostenerse contra el peso de las heridas i del desfallecimiento; así, pues, viendo don Alonso, por último, con melancólica resignacion i fortaleza varonil la gran baja de sus soldados, i su estado de abatimiento, llegó á desconfiar de llevar á cabo su atrevida empresa, así como de hacer una honrosa retirada. El dia que habia principiado ya á esparcir sus primeros rayos de luz le hizo mas patente su miserable estado: vió la mayor parte de su ejército tendido á lo largo del camino, que parecia empedrado con víctimas humanas. Los espa-

ñoles peleaban todavía ; pero sus enemigos le llevaban la gran ventaja de recibir de continuo frescos refuerzos; por lo que llegó á conocer Aguilar no sin el dolor mas vivo i penetrante que los moros iban á triunfar de la lealtad i de la bizarría castellana. Hallándose en tan crítica situacion , dirigió una mirada de desconsuelo á las tropas que habia dejado al pie del monte , las que no podian de modo alguno asistirle en razon de la gran distancia que las separaba.

Ya los compañeros de don Alonso habian quedado reducidos á un número mui limitado; mas descubriendo en sus semblantes la noble espresion de un resuelto valor i elevado patriotismo , exclamó con firme voz i con cierta sonrisa de complacencia , mezclada con la amargura propia de la crisis en que se encontraba : «Cristianos , este estandarte debe ser colocado en el punto mas alto de aquellas posiciones ; despues de un breve silencio añadió señalándoles la cúspide que era el objeto de sus ansias , aquel es vuestro se-

«pulcro, avanzad atrevidamente: allí está el último paso de nuestra existencia; i si alguno no volviese á Granada, dirá á la Reina que Alonso de Aguilar ha cumplido su promesa.»

Fueron eléctricas estas palabras; brilló con doble fuego el aspecto de sus soldados, quienes adquirieron mayor vigor con el ejemplo de su noble comandante: se renovó el ardor de la pelea; sus golpes fueron lanzados con redoblada energía, i despues de una terrible lucha llegaron por fin á dicha cresta. Hicieron alto en este punto que era el término de su honrosa carrera, i plantando firmemente en el suelo el estandarte de la cruz se situó Alonso de Aguilar junto á una roca, detras de la cual se parapetó aquel puñado de valientes resueltos á esperar su fatal destino.

Los moros se arrojaron contra ellos de todas partes con feroz algazara; pero fueron muchos los que sucumbieron antes que pudiesen subyugar á tan denodados guerreros.

Pelearon largo tiempo mano á mano; el heroísmo de los españoles podia prolongarse todavía, pero de ningun modo evitar su propia ruina. Aguilar se vió por fin entre un monton de cadáveres; su armadura estaba quebrada por varias partes i manchada con su sangre que salia á borbollones por los intersticios; viéndose ya en la última agonía cojió con la mano izquierda los restos de una bandera, i apoyado á la misma roca continuaba todavía manejando con la derecha su invencible espada. Cuando ya un enjambre de esta furiosa chusma iba á lanzarse sobre el formidable caudillo español, se hizo adelante una figura gigantesca gritando fuertemente, trín-dete, cristiano, i hallarás en los moros el respeto que es debido á los valientes como tú.

¡Rendirme! jamás; jamás me rendiré á un rebelde. Soy Alonso de Aguilar.

¡Gracias sean dadas al profeta! exclamó el moro; mira, pues, á tu irreconciliable enemigo: yo soy el Feri de Benastepar.

Aguilar vió á este terrible moro con la

fortaleza de un noble corazón, i haciéndose superior á su adversa suerte, aunque cubierto de heridas i casi exánime, salió á su encuentro; i pasmados los moros, al ver la serenidad i valentia de estos dos campeones, se mantuvieron al rededor de ellos con el mas profundo silencio i estuper.

Travaron ambos el choque mas desesperado; pero conociendo mui pronto Aguilar la falta de sus fuerzas se retiró á su primera posición detras de la roca, en la que sostuvo el furioso ataque de su contrario. El fresco vigor del Feri debia triunfar necesariamente del desangrado gefe cristiano, rendido al mismo tiempo por la fatiga de muchas horas de batalla: conoció éste que no le quedaba ya mas alternativa que la de morir noblemente; así que cogiendo de nuevo con firmeza la bandera siguió sosteniendo aquel desigual combate.

Su flaqueza iba sin embargo en aumento, i cuando ya conoció que se iba aproximando su fin se hizo por última vez ade-

lante, i con un golpe desesperado para el que reunió todo el resto de su energía trató de destruir á su enemigo; mas este impulso se resintió de la falta de fuerza, pues que el mismo golpe que una hora antes habria hendido por el medio la adarga i la armadura contraria, fue descargado sin hacer la menor mella en el escudo del Feri. Se aprovechó entonces el moro de tan favorable momento, i antes que Aguilar tuviera tiempo de rehacerse, ya la cimitarra de su enemigo le habia hundido el yelmo i se habia introducido por los sesos. Cayó el héroe de aquel siglo; su noble espíritu se desprendió de su cuerpo con un profundo suspiro, i cesó de existir el valiente, el generoso i el invicto don Alonso de Aguilar.

Una confusa algazara i bárbara alegría de parte de los moros anunció aquella catástrofe á los cristianos que habian quedado en el valle.

El Feri permaneció por algun tiempo contemplando silenciosamente á su postrado ene-

migo, no pudiendo menos de venerar i admirar aquel cadáver, que aun en la muerte conservaba la nobleza i dignidad que le habian distinguido durante la vida. Su yelmo habia saltado á alguna distancia en lo mas empeñado de la lucha; así se descubria su negro cabello plateado con la edad, i humedecido con su sangre, que cubria parte de su noble aspecto. Destituído de su altiva divisa estaba su quebrado escudo en su brazo izquierdo así como los restos de la bandera que habia jurado defender hasta el postrer aliento, i conservaba todavía en su mano derecha aquella espada que habia sido el terror de sus contrarios. Así murió Aguilar i los moros, arrebatados de placer, se reunieron al rededor de su cadáver, conducidos por un instinto de curiosidad para contemplar al rendido guerrero que habia sido por tanto tiempo el objeto de su espanto.



CAPITULO VI.

Proyecto de Mokabed de atacar á los cristianos en el llano, contrariado abiertamente por el Feri, aunque sin fruto. Disgusto de este último al ver la insubordinacion i barbarie de sus soldados, desplegada sobre el cadáver de Aguilar. Entierro de este ilustre gefe. Descripcion del campo de batalla, irritacion de la Reina Isabel al saber los desastres de sus armas; su energía i teson.

La victoria de los moros fue completa; i como no habian conocido hasta entonces mas que reveses, este brillante é inesperado suceso les dió una elacion estravagante é immoderada.

Consideraban ya que su independenciam era establecida sólidamente, i les costó mu-

cho trabajo refrenar sus ardientes deseos de precipitarse sobre los enemigos que habian quedado en el valle, i de desolar el pais á modo de desordenadas hordas de bárbaros conquistadores; pero felizmente para ellos reunia el Feri á su gran valor i actividad las raras cualidades de un caudillo prudente i astuto. Previó que el presente triunfo sería mas perjudicial que favorable á su causa si no se sabia usar de él con el debido juicio. No era, pues, un sistema de depredacion el que debia acompañar á esta primera victoria.

Por otra parte el fiero valor de sus secuaces, como que procedia mas bien del deseo de vengar sus agravios que de una verdadera calificación militar, no era el mas á propósito para rechazar las superiores i mejor disciplinadas fuerzas de los cristianos. Ni se llegó el Feri á deslumbrar tanto que atribuyese esclusivamente á su conducta i arrojó el buen éxito de sus armas, que se habia debido principalmente á las ventajas de su posicion, combinadas con una série de circunstancias

afortunadas: esperaba asimismo que la noticia de esta victoria decidiria á muchos de sus indiferentes paisanos á tomar las armas i á refugiarse en esta montaña, que iba á ser la cuna de su naciente libertad. Se propuso por lo tanto conservar i mejorar aquella posicion sin arriesgar otra batalla hasta que se hubiera provisto de medios abundantes para asegurar su feliz resultado. Un movimiento precipitado podia envolver á los moros en dificultades capaces no solo de entorpecer sus negocios, sino aun de malograr los frutos de su primer triunfo: Gomez Arias iba caminando al mismo tiempo con una fuerte division, i podia ser de la mayor imprudencia abandonar el formidable parapeto de la Sierra por ir en busca de un enemigo que era superior á ellos bajo todos aspectos.

El Feri se opuso vigorosamente al designio formado por Mohabed de adelantarse contra los españoles; mas este rabioso musulman, tan lleno de soberbia, como escaso de conocimientos militares, no pudo ser disuadido de su en-

peño, i tan solo se logró que se suspendiera por el espacio de dos dias la ejecución de su proyecto. Considerando el Feri los malos efectos que habia de producir toda desavenencia entre los principales caudillos, no quiso chocar de frente con Mohabed, esperando que á la suavidad de los medios se rendiria su obstinacion, i en caso contrario tendria á lo menos el tiempo necesario para dar un ataque mas firme i arreglado.

Mientras que el mayor de los guerreros moriscos estaba fraguando los planes de una emancipacion general, sus bárbaros é inhumanos secuaces estaban dando pruebas de su crueldad é insubordinacion: éstos se asemejaban mas á una horda de salvages que á verdaderos patriotas; el desahogo de su privado encono i venganza era el objeto principal de sus esfuerzos; i no los heroicos impulsos de un noble entusiasmo. El Feri, pues, llegó á penetrarse no sin el mayor dolor de que su gente no estaba adherida á los principios que pretendia profesar: el sí, que habia tomado

las armas por puro patriotismo sin el menor incitativo de interés personal ó de espíritu vengativo; se lamentaba por lo tanto amargamente de verse constituido en jefe, no de hombres resueltos que aspiran á la independencia, sino de una chusma de descontentos i malvados que merecian mas bien el nombre de rebeldes, que de libertadores. ¡Ah! cuántas veces el lustre de una buena causa queda oscurecido por las priyadas pasiones i vicios de sus agentes!

Dirigiéndose dicho jefe á averiguar el origen de un gran tumulto que se oía ácia aquella parte de la montaña, en la que habia muerto el famoso Aguilar; vió el noble cuerpo de su formidable enemigo colocado ignominiosamente sobre una eminencia, al rededor del cual se habian agolpado hombres, mugeres i niños para saciar su vista con tan sangriento espectáculo: aquellos caribes se estaban deleitando en esta infernal escena profiriendo las mas indecentes maldiciones contra el héroe cristiano. Este feróz desahogo de venganza

za era mas notable todavía de parte de las mugeres: las mugeres que han sido modeladas por la naturaleza para ser mas indulgentes i compasivas con los desgraciados; las mugeres cuando han franqueado una vez las barreras de su natural delicadeza, son mas desahoradas i crueles que los mismos hombres.

Una vieja asquerosa con bárbara hipocresía, se esforzaba en cerrar los ojos del guerrero; otra pisaba la cruz que habia arrojado de su pecho; i otros infieles no bien satisfechos con tantas profanaciones, introducian sus alfanjes en el frio cadáver, i si bien habia algunos todavía, á quienes el grande Aguilar les inspiraba terror aun despues de muerto, i huian de aquel sitio como si hubiese de volver á la vida aquella malograda víctima para vengarse de tantos ultrages. Irritado el Feri hasta el último grado al ver tamaños excesos se arrojó contra aquella impía i pérfida muchedumbre; i la dispersó apostrofándola del modo siguiente.

«¡Viles! cuán propio es de vuestra cobardía
 «insultar despues de muerto al hombre á
 «quien no os atrevisteis á dar la cara en vi-
 «da! Sí, apagad vuestro valor en ese cuerpo
 «insensible, porque son indignas de emplear-
 «se contra los vivos las armas que no saben
 «respetar á los muertos. ¡Salid de mi pre-
 «sencia, infames! no exalteis mas mi justa
 «cólera.»

La asustada turba se retiró llena de con-
 fusion; pero uno que era mas atrevido que
 los demas, se aventuró á decir: «él era el
 enemigo mortal de los moros, i del Feri de
 Benastepar.

Lo era en vida, replicó con firmeza el
 Feri; pero la muerte reconcilia los mas en-
 carnizados enemigos; la enemistad debe per-
 der toda su fuerza en la fria tumba.

Los moros i los cristianos, contestó agria-
 mente otro, deben ser irreconciliables aun en
 la muerte; el ódio de tales enemigos no puede
 extinguirse ni aun en el hielo del sepulcro.

¡Calla perfido! repitió el Feri arrebatado

de la cólera, ó por el poderoso Alah una sola palabra que hables va á recibir por contestacion el golpe de mi cimitarra.

Todos se retiraron entonces con mudo terror, i volviendose el Feri á uno de su comitiva le dijo, » tú, Moraz, i algunos de tus bravos compañeros tributareis los ultimos honores al noble don Alonso de Aguilar.

Los moros obedecieron las ordenes de su gefe, i se abrió al momento una sepultura al pie de la roca. No se celebraron las exequias del grande Aguilar con pompa fúnebre, ni con honores militares; ningun sacerdote asistió al oficio de difuntos; ningun amigo se halló presente para llorar una pérdida tan sensible; ningun dependiente agradecido pudo acudir á elevar sus manos al cielo para rogar por su alma; sus enemigos lo pusieron silenciosamente en su humilde huesa, i lo cubrieron de tierra. Aunque ningun mármol se colocó en aquel sitio para indicar el noble polvo que encerraba, vivirá el nombre del guerrero en el corazon de sus paisanos, i será

trasmitido á la mas remota posteridad. Empero á falta del acostumbrado esplendor que indica el funeral de algun ilustre personaje, recibió don Alonso el tributo mas honroso que puede adornar el sepulcro de un militar, i fueron las varoniles i respetuosas lágrimas de su enemigo mortal; porque asi que la tierra cubrió para siempre los restos de Aguilar se humedecieron los ojos del Feri de Benastepar por esceso de sensibilidad ácia un objeto de tanta admiracion.

En el entre tanto los cristianos que se hallaban al pie de la montaña se iban retirando precipitadamente llevándose un gran número de sus heridos, i dejando detras de si un terrible monumento de su bravura i desgracias.

¡Cuán imponente es la calma cuando el calor de la accion ha acabado con la mayor parte de los combatientes! asi sucedió en esta ocasion; cesó el ruido de la contienda; ya no resonaba en el aire el sonido de las trompetas i clarines; ya las montañas no repetian el

éco de los bélicos instrumentos, ya no se oían las voces marciales; todo había quedado en un profundo silencio, aun el hueco silvido del viento que aumentaba el terror de aquella inanimada escena se había convertido en un suave i triste murmullo, i contribuía á entristecer el cuadro de muerte que reinaba por todas partes. El risueño aspecto de la naturaleza estaba deformado por los devastadores trabajos del hombre; la rica i lozana yerba que servía de alfombra á los prados no presentaba ya á la vista sino una llanura ensangrentada, i las preciosas flores, emblemas de la inocencia i de la paz, no llevaban en su cáliz el aromático rocío de la mañana, sino que manifestaban en su mismo agostamiento el odio de los seres que las habían pisado.

Era ésta con efecto una vista sumamente horrorosa; no se oía el menor ruido; una extraordinaria tristeza reinaba por aquel campo de muerte; centenares de guerreros se veían tendidos en el silencio del sepulcro; se

observaba aun en sus descoloridas facciones una tinta de los últimos sentimientos de que se habian visto animados; se descubria la última pasión que los habia enardecido; la frente conservaba todavía una indómita fiereza, la vista fija con atrevida resolución, la mano cerrada fuertemente manifestaba las varias sensaciones, de que se hallaban afectados cuando los sorprendió la última hora. Algunos se veian en una postura regular que indicaba haber recibido la muerte de un solo golpe; pero otros manifestaban con la violenta contracción de sus músculos i con la espresion de sus esfuerzos la lucha que habia precedido á su postracion. La muerte iguala todas las clases: se veian hombres de varias edades i de diversa gerarquía mezclados confusamente; el jóven i el viejo ocupaban indistintamente su lugar; el noble gefe se hallaba al lado de un humilde soldado, solo su traje podia distinguir al uno del otro, i aun este adorno exterior iba á ser muy pronto destrui-

do, i todos iban á quedar amalgamados en el polvo general.

Mas no habia llegado todavia este periodo, i el campo de los frescos cadáveres parecia mas bien un ejército de guerreros dormidos, aunque segun las señales de sangre i el espantoso desórden que habia hecho desaparecer toda imágen de descanso natural, se podia creer que sus almas iban errantes al rededor de los cuerpos que acababan de abandonar; mas ¡ah! el anuncio de la miserable mortalidad iba á hacer desaparecer muy pronto este melancólico encanto. Las aves carnívoras se precipitaban á disputar la herencia de aquella presa que poco antes habia sido el receptáculo de tantas sensaciones i afectos, mientras que mil corazones estaban condenados á llorar la causa que proporcionaba dias de placer á los voraces i asquerosos buitres.

Los derrotados cristianos se retiraban en el entretanto i las noticias de su destruccion

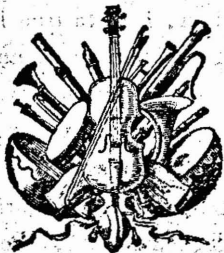
de la suerte de Aguilar llegaron á la ciudad de Granada con aquella celeridad con que suelen comunicarse los desgraciados sucesos. La heroica Isabel recibió con ellas el mas vivo dolor; aun la victoria, si hubiera debido comprarla con la muerte de don Alonso, la habria considerado como una calamidad; cuanto mas, habiendo sido esta acompañada por la completa ruina de su ejército! Hizo entonces aquella augusta soberana un voto solemne en presencia del Arzobispo su confesor, i de los nobles de que no usaria ropa alguna de lino, ni dormiria en su cama real hasta que hubiera sido totalmente estinguida aquella pérfida rebelion, i hasta que los agentes de ella hubieran sufrido el condigno castigo. «Dió al momento órdenes premurosas para que todas sus tropas marchasen contra los sublevados, i se reunió mui pronto un ejército numeroso de veteranos i voluntarios.

Al mismo tiempo estaba Leonor manifestando con la mayor viveza el dolor que la affigia por la muerte del grande Alonso; pero

conservando siempre la dignidad propia de su nacimiento. Hallaba sin embargo un generoso consuelo en el ilustre nombre que habia heredado de su padre, cuya gloria era una passion mas fuerte que los mismos sentimientos de la naturaleza. Des eosa la Reina de aliviar su pesar, la ofreció su palacio con la idea de que estando algun tiempo ausente de su propia habitacion no se reproducirian tan vivamente sus penas i amarguras con la vista de objetos que no podian menos de recordarle la gran pérdida que acababa de sufrir.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generali
CONSEJERÍA DE CULTURA

UNTA DE ANDALUCIA



CAPITULO VII.

Engreimiento de Cañerí: por la victoria del Feri. Sus lisonjeros cálculos sobre Teodora:

Fuga de ésta, del renegado, Roque i Ru-

fa. Frenética ira de Cañerí. Sus infructuo-

sas diligencias para prenderlos. Llegada

de Teodora á Guadix: Peligrosa enferme-

dad de Monteblanco. Diálogo interesante

entre éste i su hija. Jura aquel vengar sus

agravios, i se compadece finalmente de las

desgracias de esta víctima inocente.

el, de i, p, ab, i, j, w, u, b, u, s, o, u, s, i, b, u, d, u, d, i

de, m, i, s, e, r, i, c, o, r, d, i, a, s, q, u, e, n, o, s, o, l, o, s, t, r, a, c, i, o, n, e, s,

Bermudo el renegado recibió órdenes del Fe-

ri, luego despues de la accion de Sierra Ber-

meja, para volver á Alhaurin, en donde ha-

lló á Cañerí arrebatado por la mas estrava-

gante é inmoderada alegría. Tan fuera de sí

estaba este pequeño déspota desde que supo

la victoria de los moros, i tan ciegamente confiado de que habian de ser felices las consecuencias de cualquiera otra operacion ulterior emprendida por sus sectarios, que perdiendo aquella secreta aversion que siempre habia tenido de esponer su persona á una activa lucha, trataba de ponerse á la cabeza de sus tropas, i de salir al encuentro de los cristianos que se adelantaban rápidamente sobre la posicion que él ocupaba; pero como el renegado trajo diferentes instrucciones del Feri, que ya á esta sazón era considerado de común consentimiento como el árbitro supremo de la causa morisca, Cañerí debió fortificarse en Alhaurin, i preparar una retirada para Mohabed en caso de que saliese desgraciada la fogosa expedicion que este gefe iba á emprender contra Gómez Arias.

Toda la persuasion del Feri habia sido infructuosa, segun llevamos dicho; i sus consejos habian sido desatendidos por Mohabed, quien totalmente bisoño en el arte de la guerra; pero neciamente engreido con su última

victoria, habia descendido de la Sierra Bermeja con una fuerte division á presentar batalla á los españoles. Cañerí observó con sumision las órdenes del Feri, i estaba devotamente dispuesto á cuanto aquel gefe exigiera de él, menos á renunciar á la exterior pompa de su dignidad.

En toda edad i pais ha habido i debe haber guerreros de diferentes circunstancias; algunos son designados por la naturaleza para hacer frente á los peligros i para inscribir su nombre en el templo de la inmortalidad; hai otros, cuyas nobles proezas les habilitan para el mismo honor aunque hayan sido ejecutadas de diverso modo; hai todavia una tercera clase de militares que sin ser sanguinarios, ni pertenecer al catálogo de los héroes, llegan sin embargo á brillar en un ramo de servicio mas pacífico, generales de acreditada aptitud militar, de génio extraordinario para formar planes i reglamentos, con claro discernimiento para apreciar las buenas cualidades de los oficiales de Estado mayor i que ostentan

tan un porte marcial é imponente gallardía en la corte, en las revistas i paradas. Cañerí, pues, pertenecía á esta última clase: nadie podia disputarle su talento i su brillante representacion en los egercicios militares, i en donde no se requiriese mas que despliegue de pompa i magestad. Se acercó entonces al renegado con toda la afabilidad que podia permitirle su arrogancia, i le dijo: «Alagraf, estos son tiempos felices para los moros »

Con tal que duren, respondió friamente el renegado. ; Durar! replicó el moro con enfado i sorpresa. ; Mira! i le señaló sus soldados vestidos i equipados con el esmero que es propio de las revistas; esta gente, no me parece que deslucirá nunca los laureles cogidos por sus compañeros de Sierra Bermeja. Pero tú estás taciturno, Alagraf; ni la victoria, ni los acontecimientos mas prósperos pueden borrar la tristeza que egerce sobre tí un absoluto predominio,

Tú á lo menos, Cañerí, contestó el renegado

gado sardónicamente, estás siempre rebosando de alegría; el amor de tu pátria debe ser ciertamente mui grande cuando una ventaja temporal puede producir en tí señales tan extraordinarias de complacencia.

Mi pátria i religion son dos objetos mui preciosos para mí; pero mi corazon no está totalmente absorto en el amor de ellos.

Lo creo, respondió Bermudo de un modo significativa nte; admitirá probablemente alguna division, i al distribuirlo, apuesto que reservas una parte considerable para tí mismo.

Cañerí se rió con afectacion; acercándose entonces al renegado, i tomándole cariñosamente la mano, amigo mio le dijo, «por mucho que me ame á mi mismo, todavia reservo algo para las personas que me quieren bien, i cuando una hermosa dama.....»

¿Qué decís? ¿qué dama es esa?

Oh Alagraf, prosiguió Cañerí sin poder ya contenerse de gozo: soi el mas feliz de los hombres; Teodóra, la hermosa Teodora se ha rendido por fin á las dulces persuasiones

del amor, i es á tí, mi buen Alagraf, á quien debo principalmente tan favorable resultado.

Se estremeció el renegado con esta noticia; las palabras de Cañerí habian sido otros tantos puñales afilados contra su pecho. ¿Será posible?; La amable i orgullosa Teodora humillarse á hacer un papel tan despreciable, i quedar por este incidente trastornados todos mis planes! No, no es posible que Teodora mire con ternura al objeto de su ódio mortal. Un cambio tan rápido es demasiado violento i sobrenatural, á menos que su juicio no hubiera sucumbido á sus horribles padecimientos.

Espantosas eran las ideas que se representaban á la turbada i enfurecida imaginación del renegado, i no podia menos de descubrir los terribles impulsos que agitaban su pecho.

Alagraf, ¿qué significa esa turbacion? me parece que has quedado trastornado.

Sí, contestó el renegado volviendo á se-

renarse; pero puesto que dices que debes á mis buenos oficios tu felicidad, espícame los pormenores de tan extraordinaria conquista.

Si haré; amigo mio; replicó fantásticamente Caserí; la fortuna es mui caprichosa; nunca obra progresivamente ni á medias, sino á bríncos i por entero; i en conformidad con esta regla, ó es el hombre confundido en la miseria, ó favorecido con toda su predileccion. Poco hace que los negocios de mi pátria i de mi corazon, estaban en un grado de desesperacion, ya se han cambiado los frenos, i ahora gozo de un doble triunfo.

¿I qué triunfo es ese? exclamó el renegado.

Es completo.

¿Completo! ¿i cómo?

A lo menos por anticipacion, pues que nada se ha entablado todavía. El triunfo de que se habla ha de venir, pero es indúdable. Teodora, que hasta el presente estuvo tan abiertamente decidida contra mí, Teodora, que á mi sola vista se estremecía, Teodora por fin

me recibe no solo con repugnancia, sino con cariño. Ya mis visitas no escitan en ella disgusto ó temor, i todos los síntomas presagian una pronta i halagüena terminacion. Luego añadió con un aire de vanidad: «i no lo extraño porque un asunto de esta naturaleza no podia concluir de otro modo.» Teodora es una muger amable, una muger aflijida; pero muger en fin, de la cual no podia esperarse una inalterable tenacidad en su primer propósito. La constancia es un enemigo demasiado terrible para que las mugeres puedan resistirle.

El renegado no contestó á estas presuntuosas espresiones; una mirada de desprecio, fue la única señal con la que dió á entender el poco caso que hacia de ellas. Conocia la conveniència de condescender con su loca confianza, i por lo tanto se congratuló con él, aunque con la mas amarga ironía, por su nueva conquista, i se retiró precipitadamente á averiguar las bases sobre que estribaban los lisongeros cálculos del moro.

Este se retiró á su cama, i se entregó á los sueños mas placenteros. Al levantarse á la mañana siguiente, envió á buscar á su confidente el renegado, deseoso de hablarle de sus brillantes planes, i de sus deseos de ver prontamente cumplidas sus quiméricas esperanzas; pero como no viniese Bermudo con la presteza que aquel deseaba, mandó entrar á Malique, i le preguntó donde estaba Alagraf.

¡Alagraf! exclamó Malique atónito; i permaneció asi por algun tiempo como si se hubiera convertido en una estatua. ¡Alagraf!

¡Alagraf! sí, Alagraf, repitió Cañerí con impaciencia. ¿Qué significa esa confusion? Habla: ¿dónde está el renegado?

Señor, se ha marchado, contestó Malique temblando.

¿Que se ha marchado! ¿A dónde? ¿cuándo? ¿con qué motivo? ¿i se ha marchado sin mi conocimiento?

No sé el objeto de su mision, contestó Malique; ni he sabido su marcha hasta esta

madrugada. Como él poseía toda vuestra confianza, creyeron todos que obraba por vuestra dirección; ¡por lo tanto su salida del pueblo no ha causado sorpresa ni alarma, ni las guardias le opusieron el menor obstáculo.

¡Qué obraba por mi dirección! gritó furiosamente Cañerí; es mentira, yo no le he dado ninguna orden; ha sido este un acto de rebeldía. Ese hombre fue siempre demasiado altivo; corría todavía por sus venas la maldita sangre cristiana cuando su boca pronunció la abjuración de su fe. Renunció á su patria, pero nunca pudo renunciar á sus inclinaciones. Por el poderoso Alah! que ha de ser castigado severamente por esta brecha de disciplina, ó Cañerí no ha de poder nada con los moros. Sí, ha de experimentar las fatales consecuencias de su imprudencia tan pronto como vuelva.

¡Que vuelva el renegado! replicó Malique lleno de ternura; si él no ha obrado en conformidad con vuestras órdenes, temo que nunca vuelva, porque sus compañeros de

fuga indican sobradamente los motivos que la han promovido.

¡Compañeros! exclamó Cañeri con la mayor ansiedad ¿de qué compañeros hablas?

Hablo de la hermosa cautiva i del escudero Roque.

¡Cómo! ¡Teodora se ha ido! ¡i se ha ido con el renegado! ¡infierno! ¡furias! no digas mas, Malique; ¡tiemblen los malvados que le han dejado salir del pueblo, i tiembla tú mismo por tu vida.

La ira de Cañeri no conocía limites apenas vió confirmada la noticia de Malique. Daba patadas en el suelo con la mayor furia, hacía mil esfuerzos de locura, i se arrancaba la barba de coraje; siguiendo luego la via sumaria de distribuir la justicia moruna, hizo degollar en su presencia al cabo de la guardia que había dejado salir al renegado, i á dos ó tres de sus soldados. El mismo Malique hubiera participado de igual suerte, si el privado interés de su causa, no hubiese contenido su frenética venganza; pero Cañeri

consideraba á Malique como el mas afecto á su persona, i no podia resolverse á perder por un infructuoso desahogo, de su cólera á quien mas necesitaba en aquellas circunstancias. Por tal razon fue respetada por el déspota la vida de Malique, del mismo modo que lo ha sido en otras ocasiones la de muchos humildes esclavos, no por los servicios que han prestado sino por consideracion á los que todavía podian prestar.

Pronto, Malique, toma lo mejor de mis tropas, mis caballos mas ligeros, i sal corriendo en persecucion de ese maldito renegado; tráemelo vivo ó muerto, vivo si es posible, i pide la recompensa que quieras, pues que todo te será concedido. Ve, vuela.

En un momento el fiel Malique se puso á la cabeza de una partida de caballería; i salió con la velocidad que inspira la esperanza de la recompensa ó el temor del castigo. Echó á correr en la direccion que se habia dicho habian tomado los fugitivos; pero ya era demasiado tarde: el renegado habia tomado las

necesarias precauciones para asegurar el buen resultado de su empresa. Llevaba la delantera de una noche de viaje, i habia ademas cambiado de rumbo por precaucion, luego que se vio fuera de la vista de los moros.

Así, pues, los esfuerzos de Malique fueron tan infructuosos como los extremos de desesperacion del tirano. Despues de haber pasado un dia entero en su inútil persecucion, se vio dicha partida precisada á retirarse huyendo de un cuerpo de cristianos que se avanzaba, i regresó á Alhaurin á presenciar la ira estravagante de Cañerí, que se hallaba alternativamente devorado por la vergüenza, por el malogro de sus ideas, i por toda clase de mortificaciones. Todos los moros con efecto sintieron sobre manera la desaparicion del renegado: algunos de ellos, porque la sola presencia de un hombre tan esforzado les comunicaba aliento i confianza, otros porque temian el despotismo de Cañerí que se habia hecho doblemente terrible con este funesto suceso. Todos, pues, se lamentaban de su fuga, escepto Aboukar, quien oyó

con no menor sorpresa que alegría, que entre los compañeros del fugitivo se hallaba así mismo su esposa María Rufa.

Se acercaban á este tiempo los prófugos al pueblo de Guadix, lugar del nacimiento de Teodora; pero con qué agitacion caminaban i cuán diferentes eran sus ideas! mil sensaciones agitaban el pecho de esta desgraciada; el temor, la esperanza, i el amor filial disputaban alternativamente su dominio, mientras que en el semblante del renegado no se veia mas que un estéril aislamiento de sensibilidad; solo la venganza estaba marcada con caracteres indelibles. Los dos personajes inferiores estaban así mismo absortos en reflexiones conformes á su carácter, i á sus miras. Un descompasado regocijo, cual se disfruta al salir de un estado de temor, i de esclavitud, se habia apoderado del ánimo de Roque, mientras que el de María Rufa se veia inflamado por una curiosa combinacion de furioso despecho i de forzada devocion; pero por diferentes que fueran los sentimientos de estos viajeros, todos ellos

manifestaron la mayor alegría cuando llegaron á descubrir la ciudad de Guadix, que se presentó á primera vista, envuelta en las sombras de los crepúsculos.

Albricias, amada señora, exclamó Roque placenteramente, volveis á ver vuestra casa paterna. ¡Deliciosa palabra que llegó hasta el corazón de Teódora en un curso tumultuoso de halagüeñas aunque penosas sensaciones! Volvía á los lugares de su inocencia i felicidad; pero tambien en ellos se hallaba el teatro de su desgracia i de sus pesares. ¡Qué agitacion no experimentó ella cuando todos aquellos objetos conocidos recordaron á su imaginacion sus antiguos errores! ya llegó á distinguir la mansion de su padre que se levantaba magestuosamente entre las sombras de la próxima noche i aunque á alguna distancia, divisó claramente cuanto podia influir en su sosiego ó inquietud.

Prevalencia el mas profundo silencio en el campo i en la ciudad; tan solo se oia alguna voz melodiosa, ó el toque de alguna campana,

ó el ladrido de algun perro; sonidos todos que convenian perfectamente con el estado de alarma en que se hallaba la trémula Teodora. Volvia á su casa como el infeliz viagero que después de una ausencia de muchos años en que infinitos objetos han concurrido á sobrecargar su memoria, ve reproducirse las escenas de su infancia con sensaciones confusas pero placenteras. Llegó por fin Teodora, se acercó con ansiedad i temor al lugar donde habia recibido el ser; halló todos los objetos del mismo modo que los habia dejado; la naturaleza habia seguido su curso sin la menor alteracion; los campos se conservaban verdes, i el anchuroso firmamento desplegaba su misma grandeza magestuosa; i con todo se figuraba hallar cierta estrañeza que no podia definir. El cambio no estaba en aquellos lugares, sino en el modo con que ella los consideraba. Guadix i sus jardines, sus alamedas i sus fuentes eran las mismas; mas Teodora habia variado; habia dejado aquellos objetos naturales

que en su infancia habian sido para ella como si fueran cosas nuevas.

con todo el brillo de la juventud i de la belleza, i volvia agoviada por el dolor llevando en sus celestiales facciones la triste imágen de un prematuro decaimiento. Habia dejado aquellos sitios con el fiero delirio del amor, i con la deslumbradora idea del mas poderoso afecto; dispensado con profusion i correspondido con entusiasmo, i volvia con un corazón desespérado i abatido cuyas puras fuentes estaban emponzoñadas con los horribles efectos de su pasion, i amárgadas por la vergüenza i por el dolor. Los habia dejado en la encantadora compañía de un amante apasionado, rebotando de alegría, i entregada á las mas brillantes esperanzas de futura felicidad; i volvia abochornada, i llena de remordimientos bajo la proteccion de un apóstata, enemigo encarnizado de su patria. Estas tristes imágenes ofuscaron su ánimo, i acabó de desconcertarla el temor de ser mal recibida por su ofendido padre. Teodora, como única hija de Monteblanco, habia formado todas sus delicias; i pero

este mismo amor debía ofrecer dobles obstáculos para la reconciliación. La limitada ternura de su padre no podía menos de contribuir á aumentar las negras tintas del cuadro de crueldad é ingratitud que presentaba esta infeliz. Con tan lúgubres ideas llegó finalmente al umbral de la puerta paterna. Reinaba en aquel sitio una melancólica calma; las grandes ventanas estaban cerradas; prevalecía un funesto silencio; y al entrar en el zaguan resonó el eco de sus pisadas de un modo triste i alarmante que parecia querer rechazar á las personas que se habian introducido en él. El viejo perro favorito de don Manuel estaba durmiendo en un rincón sin dar la menor muestra de reconocer, i menos de acariciar á Teodora; por mas que ella le llamase dulcemente por su nombre: alzó apenas su cabeza; i fijó maquinalmente sus pesados ojos en su antigua ama; pero ni se levantó á mostrar con sus brincos i fiestas el agrado de su visita; ni se alarmó por la gente desconocida que

venia con ella. Los criados tardaron asimismo en venir á abrir la puerta, i cuando se adelantó finalmente el anciano mayordomo Pedro, llevaba retratados en su semblante profundos rasgos de afliccion: miró por algun tiempo á los estrangeros con cierta inquietud, i asumiendo luego un tono duro i desapacible les preguntó el motivo de su venida.

— ¿Pedro! dijo Teodora con la mayor emocion; Pedro ¿no me conoces?

— Se estremeció Pedro al sonido de aquella voz, é hizo la señal de la cruz, miró luego atónito, restregó sus entorpecidos ojos, i exclamó con una especie de fiero estupor, »

¡Santos cielos! ¿es esto un sueño ó un milagro? Mas bien debe ser una aparicion; ¡mi Señora Teodora aqui!

— Si, buen Pedro, contestó tristemente Teodora; no es ilusion; soi en realidad tu señorita; pero veo que te choca mi presencia; ¿qué significa esa confusion? se redobló entonces la turbacion de Teodora; se puso á temblar, i apenas tuvo fuerza para pronun-

ciar la voz de su padre; ¿donde está mi Pa-
 dre? Pedro dió un profundo suspiro i mené-
 su cabeza con el mayor desconsuelo; ¿ahí de-
 mí! vuestro padre... no ha coberto su cadavé-
 ni; Como! habla, replico Teodora llenada
 horror; ¿ha muerto!; di! no se acuerda col
 No, no ha muerto, respondió el viejo; pero
 parece que el cielo os envia para cerrarle los
 ojos, i para presenciár la terminación de sus
 dias. ¡Oh! añadió sollozando violentamente,
 los pesares han agoviado su venerable cabeza;
 desde que huyó su hija, ha sido ésta la casa
 del dolor i de la desolación. Teodora se cubrió la cabeza con sus ma-
 nos; el convencimiento de su culpa vino á
 atravesar su corazón con mayor fuerza cuan-
 do vió palpablemente los efectos de su extra-
 vio. Roque i María Rufa se afectaron nota-
 blemente, i aun las indomables facciones del
 renegado parece se ablandaron con una vis-
 lumbre de compasión. Ya Teodora no pudo ser contenida por
 ninguna consideración; el poderoso influjo de
 la naturaleza se hizo superior á las sugestio-

nes del temor. Corrió precipitadamente al aposento de su padre, cruzó el espacioso corredor, i llegó al salon que habia sido el sitio de su predileccion. Dirijiendo una triste mirada á todos los objetos que lá rodeaban, no pudo menos de lanzar un amargo suspiro cuando observó que se hallaba todo en el mismo estado en que lo habia dejado: sus libros estaban diseminados i sin órden, i su guitarra tirada sobre el sofá, en el que habia cantado un melancólico romance poco antes de salir á verse por la ultima vez con su amante en el jardin. No era ésta mas que una rápida ojeada; pero ¡cuantas i cuan agudas sensaciones produjo! todo hacia ver el desconsuelo i la agitacion de aquella casa abandonada. Llegó por fin Teodora á la habitacion de su padre; la puerta estaba cerrada; pero aplicando el oido percibió distintamente el quejido de un hombre enfermo. Llamó entonces suavemente, abrió una vieja, Teodora se precipitó adelante, i se arrojó á los pies de la cama de Monteblanco.

-Oh, Padre mio! exclamó, i privándole la misma angustia de su alma la facultad de hablar cayó silenciosamente en el suelo; i pero la violenta respiracion i los lúgubres sollozos que salian de su pecho indicaban sobradamente el exceso de su dolor.

¿Quién es? preguntó con voz débil el venerable anciano, despertado de su postracion con aquellos sonidos tan tristes i melancólicos.

Vuestra hija culpable!; la infeliz Teodora!; Oh padre mio! tan solo vengo á pedir que me perdoneis, i á morir.

Rendido i exánime qual se hallaba don Manuel, el sonido de la voz de su hija i sus patéticas espressiones dieron algun vigor á sus amortiguadas sensaciones i nuevo impulso á su abatido espíritu.

¿Teodora! hija mia, hija mia! gritó incorporándose en la cama; i como el sombrio reflejo de una opaca luz le hizo ver su pálido semblante se llenó de horror i de admiracion. Reconoció á su Teodora porque los

ojos de un padre no pueden menos de reconocer á un hijo suyo por mas desfigurado que le haya puesto el influjo devastador de la desgracia. Reconoció á su hija ; pero ¡cuán cambiado estaba aquel modelo de amabilidad i hermosura ! Tenia hundidos los ojos i apagado su puro i brillante fuego ; de sus labios habia desaparecido la sonrisa de la inocencia ; i el suave i delicado sonrosado de su rostro se habia convertido en palidez mortal ; mas todavía era Teodora interesante i amable ; todavía la contempló Monteblanco con la tierna pasion de padre. Se hizo superior á la enfermedad que habia confinado su vacilante máquina al lecho del dolor ; i aunque estaba retratada en sus ojos la imágen de la naturaleza desfallecida , los fijó sin embargo intensamente en aquella agostada figura que llevaba la semejanza de su ántes idolatrada hija.

No pudo hablar ; ni trató Teodora de romper un silencio tan horroroso , i solemne al mismo tiempo ; mas el dolor que no pudo contener por mas tiempo rompió con impe-

tuosa efusion; cayeron de sus ojos dos raudales de lágrimas; i parecia que su pecho iba á despedazarse con la fuerza de tan tumultuosos sollozos. Se enterneció Monteblanco, sus secos párpados, que estaban ya como insensibles á aquellas pruebas de ternura, se mojaron con las lágrimas del dolor. Lloró mientras que con halagüenas espresiones procuraba levantar del suelo á su hija, la que se esforzaba sin embargo en conservar su humilde postura.

¡Oh padre mio! exclamó en el exceso de su agonía; vuestra ternura va á matarme mas pronto que la crueldad; soi indigna de tanto cariño; el perdon, solo el perdon es el don melancólico que la miserable, la culpable Teodora implora de su venerable é injuriado padre.

El recuerdo de algun pesado sueño absorvió de repente el sentido del anciano; la debilidad á la que habian sido reducidas por el exceso del mal sus facultades intelectuales i físicas; i el irresistible impulso de una

primera impresion de placer i sorpresa habian desterrado completamente de su ánimo la terrible imágen de su justa indignacion. Vió al principio una hija perdida que volvia á sus brazos, i en aquel momento de agitacion no pensó en la causa de su abandono, ni en el estado en que se encontraba. Todas las razones que podian escitar el resentimiento del agravio fueron sofocadas por las sensaciones mas poderosas del amor paternal; pero cuando fue cesando la primera emocion, i que sonó distintamente en sus oídos la voz de la culpable Teodora se presentaron de repente á la imaginacion de don Manuel las ideas mas destrozadoras i afflictivas.

La fuga de su hija i las desgracias consiguientes á este primer extravío se agolparon á su ánimo con los colores mas horribles; retiró ásperamente la mano que la infeliz Teodora estaba bañando con sus lágrimas, i dijo con un tono de indignacion, ¿has venido á apresurar el término fatal de mi existencia? habla, muger culpable, cuen-

ta tu horrible historia, i cuando hayas apurado el cáliz de la amargura, déjame morir. ¡Oh padre mio! exclamó con una turbacion horrorosa: «soi una hija criminal, indigna del nombre que llevo; sí, merezco vuestra cólera é indignacion; pero, ¡oh! no me negueis por piedad vuestro perdon, porque demasiado confundida estoi con el exceso de mi dolor. Si mi delito ha sido grande, no han sido menores los tormentos que han despedazado el corazon de vuestra hija desde el mismo momento en que delinquiró. Explicame esos horrores, gritó el desolado padre con aire frenético; tal vez el conocimiento de ellos podrá partirme el corazon, i dispensarme el único consuelo que puedo esperar; sí, habla, i que las últimas palabras que oiga de mi hija, sean las que me conduzcan á la tumba.

No habéis así, padre mio; sobre mí debe caer tan solo la venganza del cielo ofendido; yo sola debo espiar la culpa, porque el deshonor no debe ir unido con el nombre de Monteblanco. Mas ¡oh padre! vivid

vos, vivid para sostener la dignidad de ese nombre.

Tú lo has afrentado; le interrumpió don Manuel; pero oiré tranquilamente i examinaré todo el peso de tu crimen. Parece que entonces adquirió Monteblanco de repente una ceñuda serenidad, i Teodora, segun se lo fue permitiendo su misma turbacion, refirió con los acentos del mas profundo dolor los pormenores de su trágica historia. Fue en el curso de ella interrumpida repetidas veces por su desconsolado padre: la rabia, la soberbia, la compasion i el resentimiento inflamaban alternativamente su pecho, segun las circunstancias de la espantosa relacion; mas cuando ésta hubo concluido, tomó su carácter un grado de energía que no parecia conciliable con el estado de su aguda enfermedad. La altivez de familia, la impunidad del ultrage, i la idea de su degradacion prevalecieron en su ánimo á todo otro respeto; i sofocando por el momento las voces de la piedad i ternura paternal consideró con igual

aversion al corruptor como á su desgraciada víctima.

Así, pues, en el primer impulso de su ira fijó Monteblanco sus desesperados ojos en Teodora, i con un tono de amargura, capaz de quebrar las fibras de su corazón, gritó imperiosamente, «vete de mi vista para siempre, vete i déjame morir en paz; déjame descender al sepulcro sin el cruel aguijón con que la presencia de una hija ingrata me está atormentando; levántate i vete; i que las flechas con que has atravesado este vacilante pecho, i el deshonor con que has menoscabado mi nombre sean tus compañeras hasta el último momento de tu vida ignominiosa.

¡Oh horror! dijo Teodora estremecida: ¡padre! padre mio! no, no podeis maldecir á vuestra hija desvalida. ¡Oh! mi espiacion ha sido sin límites; la misma justicia del cielo debe estar ya satisfecha, i el corazón de un padre no puede negar el perdón á un ser desgraciado, cuya pena ha sido mui superior á

su culpa. ¡Compadeceos de mí! sed indulgente, no me arrojéis de vuestro seno, yo me iré al instante á sepultar mis padecimientos, i mi vergüenza en el triste recinto de un convento.

Dijo, i la fiereza de su porte, el horrible temblor que conmovió toda su máquina, i la sombra mortal que se esparció sobre sus pálidas mejillas mostraban luminosamente el estrago que tan furiosa agonía habia producido en su pecho. Sus trémulos brazos estaban estendidos i sus delgados i frios dedos levantados en señal de ferviente súplica; su desmelenada cabellera caia desordenadamente sobre la cama de su padre, i todo ofrecia el cuadro mas tierno i patético.

La miró Monteblanco, observó con interés el espantoso retrato de la desesperacion; i cayeron sobre sus manos las abrasadas lágrimas que se desprendian en copiosas corrientes de sus hinchadas fuentes. Las vivas señales de su arrepentimiento, i el exceso de

su aflicción, eran incompatibles con la de-
 ptavacion. El error i no la maldad habia si-
 do la causa de su culpa, i así don Manuel
 no pudo permanecer mucho tiempo sin que
 se sintiese conmovido al ver á su antes tan
 amada hija, á través i consuelo de su decli-
 nante edad, reducida al estado mas lastimoso
 de desconsuelo i miseria. Horrorosa era la
 lucha que el noble i pundonoroso caballero
 tenia que sufrir entre los severos dictados de
 la preocupacion mundana, i los tiernos im-
 pulsos de la naturaleza; pero felizmente pre-
 valecieron estos últimos. Se fue ablandando
 el respetable Monteblanco, i en el éstasis del
 dolor mezclado con el afecto, cogió á su des-
 consolada hija en sus trémulos brazos.

Desde este momento pareció haberse ali-
 viado en gran parte del peso de la angustia;
 se puso á consolar á aquella pobre i abando-
 nada víctima, i su ternura ácia ella fué vol-
 viendo gradualmente con mayor fuerza, al
 paso que ya su pecho ardia con nuevas sen-

saciones. Al contemplar con melancólico placer á su rescatada hija, al considerar con la sonrisa de la tristeza la funesta devastacion producida por la perfidia de un hombre, todas sus ideas se dirigieron forzosamente á la parte más viva, dando el mismo resentimiento nueva energía á su físico, i un impulso más vigoroso á su ánimo para secundar sus atrevidos proyectos.

La fría i bárbara atrocidad de Gomez Arias había exaltado su ira hasta el último grado; la memoria del horroroso ultraje que acababa de hacerle era un veneno corrosivo que circulaba por sus venas, i le comunicaba un incorregible deseo de la venganza; la fiebre de la irritacion se hizo superior á la que le tenía postrado en la cama, i le dió una fuerza inesperada para levantarse de ella.

Antes que yo muera, pobre i afligida muchacha, le dijo volviéndose cariñosamente á su hija, he de ver desagraviadas tus ofensas, i ampliamente vengado mi deslucido honor;

éste sagrado deber me une á la vida, i esperó fervientemente en Dios que he de ver prolongada mi existencia hasta que lo consiga.

El renegado se hallaba presente, porque tratandose de venganza ¿cómo podia Bermudo dejar de tomar una parte activa en lo que formaba la esencia de su vida? Desconcertada Teodora por la emocion que le habia ocasionado su entrevista con su padre, se retiró á componer su desconcertado espíritu, i en el entre tanto tuvo don Manuel una corta pero terrible esplicacion con dicho renegado, quien en pocas palabras le ofreció su eficaz cooperacion para que tuviesen feliz cumplimiento sus proyectos de venganza.

El abrasado pecho del respetable anciano, aunque no necesitaba de estímulo, recibió sin embargo nuevo combustible de la insinuadora elocuencia de Bermudo. Se convino en que se recurriese pronta i directamente á la reina; mas el estado de la salud de Monteblanco, no le permitia emprender este via-

je con la presteza que habria deseado: el renegado quedó oculto cautelosamente para evitar los riesgos de una curiosidad indagadora hasta que se allanara el único obstáculo, que era la debilidad de dicho Monteblanco.



...a la Anahmbra y General...

UNTA DE ANDAL...

LTURA

...no ej...
...-stac...
...i sol...
...-fand...
...-os em...
...alind...
...y ch...
...-so no...
...ta la...

la: obediencia de los señores de Granada y de los señores de
 el reino de Valencia, otros señores de Granada,
 -rbaní Indisotima etc. etc. etc. etc. etc. etc. etc. etc. etc. etc.
 -sdo coluis lo mancebo de sup. etc. etc. etc. etc. etc. etc. etc.
 -omolfe adobib en Indisotima etc. etc. etc. etc. etc. etc. etc.

CAPITULO VIII.

*Viage de Monteblanco á Granada en compa-
 ñía de su hija, á pedir justicia contra
 Gomez Arias. Victoria de este esforzado
 guerrero sobre Mohabed. Rendicion del
 pueblo de Alhaurin. Fin desastroso de
 Cañeri.*

Monumental de la Alhambra y Generali
 CONSEJERIA DE CULTURA

ITA DE ANDALUCIA

La desaparición de Teodora, de esa hija en-
 vidiada, en la que don Manuel de Monte-
 blanco tenia fijos todos sus pensamientos i
 reconcentrado todo su amor, habia conduci-
 do su ánimo al abismo del dolor. Como to-
 dos los esfuerzos que hizo para descubrirla,
 salieron infructuosos, habia empezado ya á
 reconciliarse con tan fiero golpe; mas era es-
 ta la conformidad de la desesperacion; era

aquella clase de resignacion que hace que el hombre llegue á ver con lúgubre i forzada calma la proximidad de la muerte como término feliz de sus padecimientos.

La vieja Marta, de la que Monteblanco podia haber sabido el paradero de su hija, se habia embarcado en Barcelona para Italia; naufragó el barco que la conducia, i se supone que pereció, pues que ya no se supo mas de ella. Don Lope Gomez Arias habia conservado una activa correspondencia con el iluso i desdichado padre, quien léjos de concebir la menor sospecha del verdadero corruptor de Teodora, le consideraba como al hombre de su mayor confianza.

Asi, pues, á medida que se iban enfriando sus relaciones con Gomez Arias, i que fueron menos frecuentes sus cartas, se disminuyeron las esperanzas del venerable anciano hasta que quedó reducido al último estado de la desesperacion. Cayó finalmente postrado en la cama sin esperanza de que pudiera levantarse mas de ella. La muerte les

iba aproximando con lento martirio, i todos sus amigos i dependientes deploraban amargamente las causas que habian contribuido á emponzoñar sus últimos dias. La repentina é inesperada aparicion de Teodora, ocurrida á este tiempo, obró una poderosa revolucion en aquella casa; la salud de don Manuel en vez de sucumbir al peso de tan fuerte impresion, recibió un vigor extraordinario que de ningun modo podia calcularse. La sin igual desvergüenza i crueldad de Gomez Arias fueron la causa de que volviese á la vida aquella moribunda máquina agoviada con el peso de la desgracia; i el deseo de la venganza ejerció la influencia mas poderosa en su ánimo.

Habian pasado tres dias desde la llegada de Teodora cuando ya se creyó don Manuel en estado de emprender su viage para Granada. La distancia era corta, i su misma irritacion no le permitia detenerse mas tiempo sin darle un completo desahogo; el renegado contribuia á escitar su energia contra Gomez Arias.

Al cuarto día estaba todo pronto para la marcha; Teodora se vistió de riguroso luto, i salió de Guadix en compañía de su padre i de sus compañeros de fuga. La presencia de Roque era indispensable, i María Rufa seguía con la piadosa intencion de reconciliarse lo mas pronto posible con la iglesia por mediacion del Arzobispo de Granada.

Mientras que dejamos á nuestros viajeros examinar á esta ciudad, volveremos á hablar de los moros de Alhaurin, cuyo gefe Cañerí continuaba dominado por todas las furias del averno á causa de la fuga de su cautiva. El chasqueado caudillo gruñía como un fiero mastin dirijiendo á todas partes sus vengativas miradas; i sus dependientes atemorizados con su ferocidad no se atrevían á reprimir el curso de su cólera. No habia uno solo entre estos moros que no despreciase interiormente al déspota, ninguno que no estuviese dotado de mayor valor personal, i sin embargo temblaban todos ellos en su presencia, i se estremecían á la sola vista de un objeto que no

tiempo esta precipitada empresa, la que por tal razon no podia menos de ser desastrosa. Los moros, aunque valientes, eran poco espertos en el arte de la guerra; no conocian que para sacar algun partido debian limitar sus operaciones á hostigar á los españoles en pequeñas escaramuzas, y de ningun modo á darles la caza en campo abierto.

Mohabed se obstinó en su primer proposito, y esta falta de unidad en los gefes fué un golpe mortal para la causa morisca. El Feri vió con el mas fiero dolor salir á sus compañeros de aquella montaña que les habia servido de fuerte posición y de seguro asilo, y descender á la llanura á aventurar por un acto de imprudencia los triunfos que habian conseguido.

Mohabed, despreciando todo consejo, tomó el camino de Granada, en cuya direccion se iba adelantando Gomez Arias: muy pronto se divisaron ambos ejércitos, y cuando ya se hallaban inmediatos, prorrumpieron los moros en una griteria y algazara, que fué con-

festada con el acostumbrado grito de guerra, por los cristianos, ansiosos por salvar la lengua de su anterior derrota.

- Gomez Arias se llenó de placer al ver el avance de sus enemigos: conocia que iba á presentarsele la mas favorable ocasion de vengar la muerte de Aguilar i de adquirir nuevos laureles para dar una legítima sancion á sus ambiciosos planes. Por otra parte los pérfidos ardides de que habia echado mano para deshacerse de la infeliz Teodora, sus tropiezos en el dia de su proyectada boda, i un cierto misterio en que estaba envuelto aquel negocio habian llegado á menoscabar su carácter, de modo que no tenia mas arbitrio que el de señalarse con alguna brillante proeza militar para desvanecer completamente estas oscuras sombras. La esperanza de la victoria, el deseo de enmendar los últimos reveses de las armas españolas, i los impulsos de la ambicion llegaron á exaltar su ánimo de un modo inconcebible: sus soldados deseaban asi mismo distinguirse, i todos esperaban

reunia mas elementos para infundir terror sino los que ellos mismos habian querido conferirle.

No cesaron los temores de esta raza rebelde hasta que la proximidad de los cristianos obligó á Gañeri á abandonar sus planes de venganza i despecho, i á dirigir todos sus cuidados acia el peligro comun. Aunque el pueblo de Alhaurin se encontraba bien guarnecido i con abundantes provisiones, no estaba sin embargo su ánimo tranquilo. A cada momento llegaban moros dispersos que pintaban con los mas vivos colores el formidable aparato del ejército español. Estas noticias i los nombres de los bizarros gefes cristianos desalentaron á aquellos mismos hombres que ocho dias antes tenian por indudable su triunfo, i por imposible el deslucimiento de la gloria adquirida en Sierra Bermeja.

Mohabed en el entre tanto habia bajado de dicha montaña con su division desatendiendo completamente los consejos del Feri, quien no pudo persuadirle á que dirigiese mas

el momento de la acción con la más ligera perspectiva. Gómez Arias eligió una ventajosa posición cerca de Riogordo, en la que se decidió á recibir el ataque del enemigo. Mohabed, deseoso al parecer de anticiparse á los planes de los españoles, se precipitó sobre ellos sin considerar la fatiga i estennacion que habia sufrido su gente durante aquella marcha forzada. Los cristianos por su parte vieron la llegada de los rebeldes como un próximo holocausto dedicado á los manes de los que habian sucumbido en Sierra Bermeja con el esforzado Aguilar. Mandó don Lope á sus soldados que sostuviesen el primer ataque sin moverse, con la idea de aprovecharse él de la confusion suscitada entre los enemigos por el primer rechazo, i de cargarlos repentinamente con la combinada superioridad de disciplina i valor.

El resultado correspondió cumplidamente á sus más ardientes esperanzas. Los moros acometieron con el mayor desorden sin pre-

ver las consecuencias de su falta de organización. Los españoles sufrieron el choque con frialdad é intrepidez; cuando su fiero é indómito denuedo llegó á exaltarse por la jactanciosa provocacion de los contrarios, cayeron con todas sus fuerzas sobre las confusas é agrupadas masas.

Se travó un horroroso é sangriento combate. El terror de los moros ocupó el lugar de su primer despliegue de valor; Mohabed hizo todos los esfuerzos imaginables para reunir á sus desconcertadas tropas; mas todo fué en vano. Se apoderó de ellos el desorden é el desaliento; é los cristianos obtuvieron con la mayor facilidad una completa victoria. La mayor parte de los moros quedó muerta en el campo de batalla; muy pocos fueron los que pudieron llevar á contar á sus compañeros tan desastrosa noticia; é los demas con su gefe Mohabed cayeron en poder del enemigo. Este terrible contraste causó la mas horrible consternacion entre los rebeldes de Al-

haurin i de Sierra Bermeja. Pesaroso el Fe-
ti de Benastepar, mas no sorprendido, por
el funesto resultado de la imprudencia de
Mohabed hubo de desplegar nueva energía
para reparar aquella pérdida; pero habiendo
quedado mui disminuido el número de sus
guerreros se confirmó en su primitiva idea
de que solo en Sierra Bermeja podia soste-
nerse contra las armas cristianas. Era sin em-
bargo tan vigoroso su ánimo, que no se aba-
tió de modo alguno por la citada derrota, así
como tampoco se habia ensobrecido ante-
riormente con sus triunfos. No sucedió lo
mismo á Casieri: la destruccion de las tropas
de Mohabed, descrita con los colores mas es-
pantosos por los que habian podido sustraer-
se á la muerte con una pronta fuga, le hizo
temer por su misma persona; i este temor
se aumentó considerablemente al presentarse
el Alcaide de los Donceles repentinamente á
poner sitio á dicho pueblo de Alhaurin. El
desorden i el descontento de los moros cre-

cia por momentos, i se sentia ahora mas que nunca la falta del renegado.

El gefe cristiano envió un parlamento á la plaza intimando á los rebeldes la rendicion i prometiéndoles salvar las vidas si deponian voluntariamente las armas i le entregaban sus caudillos; pero en caso de desechar estas proposiciones conciliatorias les amenazaba que serian todos pasados á cuchillo, i el pueblo reducido á cenizas. Subió de punto con este motivo el disgusto i la insubordinacion de los rebeldes. El conocimiento del peligro, el formidable aspecto del enemigo, i sobre todo la impopularidad de Cañerí hacian que una gran parte de sus tropas desease acceder á las proposiciones del Alcaide.

Se formó muy pronto una poderosa conspiracion con la idea de rendirse: reunidos los descontentos en un cuerpo respetable se dirigieron al palacio, i pidieron con insolencia que abriesen á los cristianos las puertas de la plaza. Como Cañerí i algunos de sus mas adictos

presumían que iban á ser exceptuados de la amnistia, tenían el mayor empeño en defender su puesto, como el único medio de evitar su fatal destino.

El déspota Cañerí, á quien la vista del peligro, habia convertido en vil esclavo, empezó á exhortar á los amotinados con voces lastimosas, i de envilecimiento: era con efecto un raro contraste ver aquel mismo hombre, que poco antes habia sido el terror de la especie humana trocado en un ser tan dulce i tan blando, que dejó atónitos á los mismos moros esclavizados. Empero no hicieron caso de sus amonestaciones: las súplicas de los tiranos en vez de mover á compasion, sirven tan solo para aumentar la irritacion contra ellos, pues que se presenta con claridad su pusilanimidad é inquietud, i la mengua de haberse dejado esclavizar por hombres tan despreciables.

A medida que se acababa el término concedido por el Alcaide para la rendicion de la plaza, se aumentaba el alboroto i la insubordinacion: ya no se obedecía á ningun

gefe, i una partida de los mas turbulentos resolvió dar muerte á su principal caudillo para grangearse por este medio la gracia de los cristianos. En su consecuencia rodearon la habitación de Cañerí con terribles exclamaciones i amenazas, e intimaron insolentemente á los pocos moros que todavia se le conservaban fieles, entregasen aquel déspota villano, ó que incendiarían al momento el palacio.

Cañerí pálido, desencajado i trémulo, se mantenía como un reo convicto en el mismo sitio en que habia acostumbrado ejercer su autoridad despótica; sin saber como disipar su temor, ni que conducta observar en aquellas circunstancias. Era absolutamente imposible la fuga por hallarse el palacio rodeado por los amotinados, i el pueblo circunvalado por los españoles. Al verse en tal apuro dirigió á sus compañeros una mirada deprecatoria; pero se convenció muy pronto, no sin el mas fiero dolor, de que era muy limitado el número de sus fieles partidarios. Trató de

aterrar á la furiosa muchedumbre desde la ventana: pero hubo de retirarse para salvarse de la lluvia de piedras i de otros objetos que dirigieron contra él.

En este estado de suspension i angustia permaneció algun tiempo, durante el cual tuvo el sentimiento de verse abandonar gradualmente por los pocos amigos que le quedaban á medida que se iba acercando el peligro. Todo era tumulto i anarquía, i los gritos que se oían presagiaban á Cañerí la desastrosa suerte que iba á tener muy pronto. A las maldiciones dirigidas contra su persona sucedían las amenazas más horribles i las feroces risotadas del pueblo desenfrenado que se saboreava ya con su inevitable ruina. Los que habian sido antes sus más abyectos esclavos, eran los que manifestaban en este momento con mayor empeño su carácter vengativo. Las puertas exteriores habian caído con terrible estruendo al impulso de pesados mazos, i los furiosos amotinados precipitándose con ímpetu atravesaron el palacio

en la galería sin el menor obstáculo, i se diri-
 jieron al aposento de Cañerí. Este miserable jefe, tan cobarde para
 recibir la muerte, como para libertarse con
 su propia mano de la ignominia que le a-
 menazaba, aguardó con el mas fiero estupor
 la crisis de aquella borrasca. Todos sus de-
 pendientes habian huido, escepto uno, uno
 solo, que á pesar de la suerte fatal que le es-
 peraba, permanecía fiel á su lado: era éste
 Malique, quien sin embargo de no haber
 recibido gracia alguna de su amo durante
 su prosperidad, no tuvo fuerzas para aban-
 donarle en la adversidad. Le miró Cañerí, i
 sin embargo de su desvalida i peligrosa situa-
 cion no pudo menos de conmoverse á la vis-
 ta del leal Malique. Este noble moro estu-
 vo á su lado con el alfanje desenvainado i
 sin dar la menor muestra de terror ó desa-
 liento. Por débil que fuera el apoyo que
 Cañerí pudiera hallar en un solo hombre,
 se alentó sin embargo al ver que habia un
 valiente brazo armado para suplir su cobar-

dia. Mi fiel Malique, exclamó en tono de
 agonía ; no hai esperanza ? Ninguna , replicó Malique triste pero re-
 sueltamente ; ninguna mas que morir como
 hombres esforzados ; sacad vuestra espada,
 noble Cañerí , i pereced como conviene á los
 de vuestra clase. El trémulo caudillo contes-
 tó con un lamento , porque ya los moros amo-
 tinados habian logrado echar abajo la puerta
 del aposento , i se introducian en él con fu-
 riosa algazara ; compitiendo en quien habia
 de ser el primero que diese el golpe de muer-
 te á aquel miserable tirano. Su misma impa-
 ciencia retardó el cumplimiento de sus ar-
 dientes deseos , porque como se agolparon to-
 dos á un tiempo cayeron unos encima de otros
 sin poder adalantar un paso. Este incidente prolongó la suspension de
 Cañerí entre la vida i la muerte , i el consi-
 guiente tormento de su desdichada suerte. Se
 adelantaron por fin sus furiosos enemigos re-
 flejando el brillo de sus afilados puñales so-
 bre su vista mortal. Malique se puso delante

de su amo con el resuelto valor de quien va á morir matando. Malique; gritó el cabecilla de los conspiradores, que era precisamente uno de los que mas habia favorecido Cañerí; envaina tu espada, nada va contigo. Malique no contestó; sino que descargó un fiero golpe con el que quedó tendido el traidor en el suelo: se precipitó entonces desesperadamente entre la turba rebelde, i después de haber hecho rendir el alma á dos ó tres de los mas furiosos, recibió un golpe cruel, i murió con el valor de un soldado, i con la serenidad de un hombre que desprecia todo peligro en desempeño de sus deberes.

Desesperado Cañerí con el mismo impulso del terror, i conmovido á la vista de Malique que habia caído á sus piés nadando en sangre, asumió un valor furioso; i descargó terribles cuchilladas con tanta firmeza i ferocidad, que le hubieran hecho honor en el campo de batalla; mui pronto sin embargo cayó cubierto de innúmerables heridas, su ca-

beza fué al momentó separada de su cuerpo, i despues de haberla colocado en una percha, pasó el desordenado populachó al campo de los españoles llevando por delante la sangrienta i feroz insignia de su rendición.

Todo el pueblo quedó entonces entregado al mas confuso alboroto; hombres i mugeres, viejos i niños corrían por las calles divididos entre el temor i la esperanza, mientras que los discordantes gritos del soldado i la melancólica vista de la procesion que caminaba con el ensangrentado trofeo contribuían á aumentar el desorden.

Habiendo el Alcaide de los Donceles tomado las necesarias precauciones para preservar su gente de los ardités de toda traicion, entró en el pueblo de Allautín entre las aclamaciones de sus antiguos éñemigos; los caudillos de los rebeldes habían ya sido aprehendidos; i aprovechándose la desordenada muchedumbre del prometido perdón evacuó mui pronto la plaza; i se dispersó en varias direcciones.